
INTERLUDIO

Querido Raphaël, tu descripción tan poco lisonjera de los deslices *lib-lib*, liberales y libertarios, en una Amazonia antipolítica de pacotilla, da exactamente en el blanco. El admirable Coluche lo ilustra a las mil maravillas*. «Es la historia de un tipo» cuya insolencia, franqueza e iniciativas generosas plasman lo mejor de Mayo del 68. Cuando lanza la aventura de Les Restos du Coeur en 1985, se trata de una decisión personal, con la que aglutina voluntades individuales, opera al margen del Estado, los ayuntamientos y los partidos y rompe con la línea dominante francesa, que delega en las autoridades la atención a los pobres. El abad Pierre, mucho antes de Mayo, las ONG de médicos que se multiplican después de Mayo (Médicos sin Fronteras, Médicos del Mundo...) manifiestan de la misma forma la necesidad de no esperar a la providencia estatal y no esperarlo todo de ella. Los «militantes» al estilo

* Coluche fue un cómico francés muy provocador. Creó una ONG llamada Les Restos du Coeur (Los restaurantes del corazón) que servía de comer a los indigentes. Muchos de sus monólogos empezaban con la frase: «Ésta es la historia de un tipo que...». Se presentó a las elecciones presidenciales en 1981, tras un matrimonio paródico con otro cómico, Le Luron. También aglutinó a un grupo de artistas, llamado «Les enfoirés» que organizaban sesiones para recaudar fondos. (*N. de la T.*)

antiguo se contentaban con protestar: «¿Qué hace el Estado?», «¿Qué hace el gobierno?», «¿Para qué sirven nuestros impuestos?», pues la caridad individual se consideraba sospechosa. Los *enfoirés* de Coluche se lanzan al ruedo e intervienen sin esperar a que los responsables les den luz verde. Esta capacidad de actuar sin el Estado, educándolo así, es una conquista valiosísima. Mayo del 68 fracturó una opinión pública francesa, que sigue siendo en nuestros días la más antiliberal de Occidente, y por lo tanto la más estatalista.

La otra cara de la moneda es que el sentimiento de inutilidad del Estado se desvía desde la burla a la negación de lo político. Cuando, en 1980, Coluche, tras su sonado matrimonio con Le Luron, se presenta como candidato a la presidencia de la República, aglutina a los *lib-lib*s «amazónicos» de todas las Francias, que encuentran que el chiste tiene una base filosófica: el eslogan circunstancial de junio del 68 «Elecciones, trampa para idiotas» se perpetúa como una verdad eterna. Reírse del poder es una necesidad en una honrada democracia y negar su eficacia, buena o mala, es llamarse a engaño. Coluche, a pesar del 10 por ciento que le daban los sondeos, pronto fue asimilado por los políticos profesionales, y por el más zorro de ellos, François Mitterrand. Muchos ex del 68 que siguen al simpático bromista caen en las garras de la izquierda. Los más desconfiados participan en el movimiento general, convencidos de la inocuidad definitiva del Estado: aunque la elección del nuevo presidente no sirva para nada, tampoco puede hacer daño.

Vamos a repasar la secuencia a cámara lenta. ¿Qué necesitan los nostálgicos de Mayo (la «segunda izquierda») para detener a Mitterrand (capitán del PS y del Programa Común con los comunistas) en beneficio de Rocard (favorito de los sondeos)? Necesitan dos capacidades de ruptura:

1. Atreverse a hacer tabla rasa, apelar a los electores contra el aparato y sus caciques, algo que Ségolène Royal no se permitirá hacer hasta veintisiete años más tarde.

2. Atreverse a resistir al chantaje de «entrar en el juego de la derecha». Los que se atreven contra la jerarquía y la disciplina del partido son señalados con el dedo. La segunda izquierda, hasta su disolución final, respeta como si fuera el santísimo sacramento la división derecha-izquierda, es decir, edulcora sus críticas cuando afectan a los «camaradas» (Mitterrand-Marchais) y podrían llegar a los oídos del «enemigo de clase» (en este caso, Giscard).

Sobre esta autocastración permanente planea la actitud amazónica de que, en definitiva, poco importa quién ocupe el Elíseo, siempre que sea de izquierdas: ya que el Estado no puede hacer mucho, tampoco puede hacer daño. Tienes razón: Rocard, de haber estado en el lugar de Mitterrand, no habría jugado con fuego —¡el fuego del genocidio!— en Ruanda. Sin embargo, en ese caso, él y los suyos tenían que haber previsto la mala voluntad de un presidente de pasado poco limpio y no presuponer que la capacidad de hacer daño del Estado tiende por impotencia intrínseca hacia cero.

Un decenio después de «los hechos», los supervivientes de la *chienlit** —la segunda izquierda y Coluche— no titubean ante la ilusión de Mitterrand, cuyo historial de servicio era conocido en parte, sucumben ante la ilusión de un Estado ridículo y fuera de servicio. ¿Cómo es posible deslizarse de la revolución a la apatía? ¿Cómo se puede pasar de la voluntad de transformar el mundo al deseo de

* Nombre con el que De Gaulle se refirió a los hechos de Mayo del 68. Es un término peyorativo que alude a una profusión de hechos y de personas desordenados y grotescos. (*N. de la T.*)

olvidar la política, sus pompas y sus obras? ¿Será inevitable tan curioso cambio de chaqueta mental?

Elucidar la antipolítica tibieza que congela el impulso sesentayochista permitirá, de paso, resolver el misterio menor de las parálisis crónicas que afectan a la izquierda francesa. Es curioso el caso de Michel Rocard, que reconoce que «Francia ha elegido el campo equivocado» —el de los genocidas— en las matanzas de Ruanda. Cuando era primer ministro, le importaba un bledo y aceptaba sin pestañear el «coto privado de caza» de Mitterrand. Es curioso también el de Jacques Delors que, a pesar de tener todas las cartas para ganar las presidenciales contra Chirac, se retiró bruscamente. Es muy curioso el caso de los reformistas de la izquierda y del centro que, unidos, podían alimentar grandes esperanzas contra Nicolas Sarkozy en la segunda vuelta de 2007. El círculo más próximo de Ségolène Royal se dejó bloquear por el aparato socialista, François Bayrou escurrió el bulto como «un enamorado que teme el bloqueo o un adúltero atrevido», cuenta la bella Ségolène, después de que le hubieran dado groseramente con la puerta en las narices. Todas estas personas tan honorables se extrañarían mucho si supieran que, sin saberlo, son héroes posmodernos. Sus chascos y sus fracasos fueron anticipados, teorizados, legitimados y ensalzados por las estrellas académicas del posmayo parisino.

BAJO LOS ADOQUINES, STENDHAL

Fue como si Fabrice se convirtiera en un hombre diferente, de tantas profundas reflexiones que hizo sobre las cosas que le acababan de ocurrir. Sólo seguía siendo un niño en un punto: lo que había visto, ¿era una batalla? Y en segundo lugar: ¿era la batalla de Waterloo?

STENDHAL, *La cartuja de Parma*

El carácter intrínsecamente inacabado de las «jornadas» de Mayo no permite trazar una imagen de conjunto ni una versión oficial. Cada cual busca en las imágenes material para alimentar sus sermones y la arbitrariedad evidente de las interpretaciones se impone de entrada y persiste después. Con la nariz pegada a los hechos, el sentido del movimiento parece tan disperso como los imprevistos de una batalla en la que Fabrice del Dongo embiste sin darse cuenta de quién gana terreno y quién lo pierde. A falta de un Napoleón que se juegue el todo por el todo, sin ejércitos dispuestos a enzarzarse unos contra otros, ningún comunicado de victoria o de derrota (y dios sabe que han sido legión), ha permitido calibrar en cuarenta años las reminiscencias difusas de una primavera sorprendente. Es como decir que no existe una memoria pura. Cada cual lo evoca en función de sus preocupaciones del momento; recuerdos y reflexiones empiezan siendo insolubles. De repente, los hechos posteriores a Mayo participan de Mayo, de la misma forma que Mayo se prolonga en sus implicaciones: revolución, ¿sí o no? La pregunta no

tiene sentido si la revolución de los espíritus transforma el espíritu de las revoluciones. Una pared de la rebelde Nanterre anunciaba premonitoria: «No es una revolución, señor mío, es una mutación».

De entrada, el cuestionamiento va más allá de las fracturas tradicionales del debate político francés. La protesta es universal y contagiosa. Sesenta ciudades de Estados Unidos (que pronto serán ciento veinticinco) entran en ebullición, violenta y no violenta, por los «derechos civiles», Martin Luther King, que «tuvo un sueño» en 1963, es asesinado en abril del 68 en Memphis. Revueltas estudiantiles en Berkeley o Chicago contra la guerra del Vietnam. Manifestaciones en Berlín Oeste. Huelgas y ocupaciones de universidades en Tokio y Seúl. Disturbios en Belgrado. Revueltas obreras y estudiantiles en Polonia. La «Primavera de Praga» aglutina a la población checa. «Lo nunca visto en México», la exigencia de «democratización» reúne a cuatrocientas mil personas, estudiantes, mezclados con gente humilde, lo que acaba en un baño de sangre en la plaza de las Tres Culturas, donde la represión causa trescientos veinticinco muertos. Con la perspectiva, las diferencias de situación y reivindicaciones saltan a la vista. En Occidente se supone que la democracia es una conquista que hay que superar. En el Este, se exige democracia contra las dictaduras. A veces, como en México, coinciden ambos imperativos¹. En cualquier caso, la insurrección moral es mundial, se lanza en todas partes contra los corsés políticos y culturales de la sociedad anquilosada. Mayo del 68 nunca se considera una aventura típicamente francesa, «muy nuestra» y sólo nuestra.

Partamos de la absurda bufonada con la que Mayo del 68 —el «Gran Bazar», dice Daniel Cohn-Bendit— supera ale-

grememente las puestas en escena más devastadoras de Beckett o de Ionesco. El propio Alfred Jarry nunca hubiera imaginado reunir, en el patio de la sacrosanta Sorbona, todos los Ubúes del siglo xx, difuntos o en ejercicio. Sus carteles quedan encargados de entablar sabrosos diálogos que raras veces cultivan los asesinos. Lenin, Mao, Trotski, Stalin, Castro, Guevara, un dictador albanés por aquí, otro vietnamita por allá, la desgraciada Rosa Luxemburgo codeándose con un fundador cualquiera de la Gestapo soviética. La flor y nata del marxismo internacional al completo se mata con la mirada cohabitando por primera y única vez. Cada cual con su efigie y sus fans, todos revueltos, eliminadores y eliminados.

El templo del saber, con las puertas abiertas de par en par, convocaba al locutorio a las cabezas pensantes, los líderes de masas y los asesinos de la revolución mundial, mientras que los mirones, los adolescentes ávidos de epepeyas, los sexagenarios todavía activos, los cansados, los fracasados, los nostálgicos de sus veinte años perdidos para siempre y los entusiastas de por vida, todos trataban de arrancar a las sombras ilustres la clave de la Historia universal. El parisino tiene que ser revolucionario, ¡qué demonios!, ¿acaso no es el marxismo la «ciencia de la revolución»?

Al cabo de tres semanas, la aventura surrealista está en quiebra y la Sorbona, apenas termina de recomponerse, vuelve a sus Puvís de Chavannes, sus mármoles immaculados, sus horarios y sus colegiales ansiosos de diplomas. Los actores se dispersaron, unos aliviados, otros amnésicos, otros más desesperados, convertidos en actores episódicos del espectáculo revolucionario. Algunos terroristas (en Francia muy pocos) asumieron el relevo: ¡ya hemos

hablado bastante, que hable la pólvora! Luego, uno o dos años más tarde, se desvanecieron, pensando que se habían equivocado de momento, o de siglo, mientras rezonaban que el capitalismo, sistema diabólico, no volvería a saber de ellos.

Los «desarraigados», detectados por un general un tanto nostálgico pero clarividente, nunca recuperaron sus raíces. No pudieron echar el ancla, ni en la patria originaria de una comunidad que ya no es, ni en los espacios flotantes de un futuro más incierto de lo que habían previsto sus mayores. Mayo del 68 es una aventura incómoda, que no tiene lecciones unívocas y no da paso a un destino idéntico para todos. Ni siquiera a un destino singular que hable con una voz única para cada cual. Durante cuatro décadas, sin darse cuenta realmente de ello, la «generación» de entonces se peleó, dispersó, dislocó, autodestruyó, como todas las que vinieron antes. Salvo que la experiencia sin escapatoria de un desarraigo irrecuperable no facilita la oficialización del lanzador de adoquines esculpido en una memoria de mármol. Todo el mundo cambia y ha cambiado varias veces. Por consiguiente, nada más lejos de mi intención que realizar un balance colectivo y realizar retratos definitivos de éste o aquél.

Un desarraigado no tiene «carácter», o más exactamente, tiene varios. No como ocurre con *La Bruyère*. No como ocurre con Molière, para quien el Avaro es avaro y la Preciosa es ridícula. No como en *La comedia humana*, donde Goriot, Gaudissart, Rastignac, Sarrasine no pueden intercambiar sus papeles. En cambio, Julien Sorel parece más cerca de nuestra cuerda. Oscila entre el rojo y el negro, entre rendirse a la acción, revolucionaria o bonapartista, y trepar por la buena sociedad «restaurada» y clerical. El personaje stendhaliano surge como un tercero en discordia en

el «y» de *El rojo y el negro*, ambos simultáneamente y, por lo tanto, ninguno de los dos. Atrapado entre el recuerdo agostado de octubre de 1917 y la rutina de una sociedad burguesa, el sesentayochista, lo quisiera o no, tuvo que llevar su delirio fuera de los caminos trillados.

Para balizar los itinerarios cruzados y sus laberintos, trataré de recuperar no las inexistentes «líneas» políticas o ideológicas, rígidas e inamovibles, sino las mentalidades, los estados anímicos, más tenaces, cuyo eterno retorno habita, desde aquellos «hechos», de manera flotante, en los protagonistas y herederos autoproclamados. En otras palabras, los desarraigados conscientes de su desarraigo viven a la hora de Stendhal, más que a la de Balzac. Lo mismo ocurre con las parejas de hoy en día, que se divorcian una, dos, tres veces y procrean fuera del matrimonio. Que la «flexibilidad de la libido» —como la llama Freud— ya se haya hecho pública no implica en modo alguno, por mucho que rezonguen algunos teóricos demasiado apresurados, el reinado del libertinaje generalizado y radical. Quien trata de cambiar de vida no por ello se hace más voluble y veleidoso, el amor sigue siendo una idea fija para los infieles del momento. El individuo que se considera «nacido en mayo» forzosamente renacerá, a la manera del «*born again*» del evangelista estadounidense, sin olvidar por ello la revelación inaugural de su desarraigo en las barricadas de la calle Gay-Lussac.

El «carácter» balzaciano está grabado en mármol, sus opciones fundamentales parecen anteriores a su nacimiento, como el «carácter inteligible» de los individuos según Platón depende de un sorteo en una existencia preterrestre. El héroe stendhaliano anticipa nuestro desarraigo, vive varios «destinos» sin caer prisionero de ninguno de ellos, de modo que recorre convicciones, pasiones e ideologías —estos «estados anímicos» que habitan los

tiempos— deseando sacrificar el qué dirán y las reminiscencias a cambio de algunas migajas de autenticidad. Mayo del 68 lanza una búsqueda de uno mismo, debemos entender las tres semanas de «insurrección» dentro de la larga duración que se asoma en ellas.